

Para mi padre y sus cuentos no escritos.

Para Magda y Amparo, que me enseñaron a leer con los cinco sentidos.

Para lago Ágora.

Y para Ángeles.

LOS PROBLEMAS DE UNA CASA VIEJA

En la calle de la Luna, n.º 25, el tema favorito de conversación de los vecinos es el propio edificio. Según mis padres, en nuestra casa siempre hay cosas que necesitan cambiarse. Tina dice que es muy espaciosa y tiene mucha luz; Marce comenta que está llena de historias y que si sus paredes hablasen... Y para Carlota, está llena de ruidos extraños que no la dejan pegar ojo; yo creo que por eso se entera de todo, porque no duerme.

Eso es porque mi casa es vieja. Es tan vieja que hasta tiene un fantasma: don Lope. Yo no me enteré de su historia hasta que un nuevo caso de **CS-123** estaba ya muy avanzado. Así que, por ahora, vamos a dejarle y empezar por el principio.

Cuando pasó lo que voy a contarte, todas esas cosas se mezclaron un poco. Era un sábado por la mañana, y Cosme descubrió unas misteriosas manchas en las paredes de la escalera. En cinco minutos se había convocado una reunión extraordinaria de vecinos en el descansillo del cuarto piso, a la que asistimos Uan y yo aún en pijama.

—Esto son manchas de humedad —diagnosticó inmediatamente Cosme—. Si ya lo decía yo... Hace años que debían haber cambiado las tuberías. **!!!Brrr!!!** Ahora ya sí que no hay remedio. Pero ¡qué ganas tengo de jubilarme!

—Tiene pinta de ser de la caldera —sentenció doña Pura—. Ya venía haciendo cosas raras desde hace unos meses.



—¡Pues menudo momento para meterse en obras! —comentó papá rascándose la cabeza—. Precisamente ahora que se acerca el frío...



—¡Ay, Dios mío, que la casa está encantada! —exclamó Carlota sujetando la correa de Trilo—. Pero ¡si son caras como las de la tele! ¡Esto es cosa de fantasmas!

Era verdad que, hacía poco, en la tele habían hablado de una casa con tres manchas misteriosas. Decían que eran los retratos de personas que habían muerto en ella hacía setenta años. Las de nuestra casa, con algo de imaginación, se parecían a unas caras asustadas.

—¿Te imaginas, Uan, que hubiera espíritus en casa? Podríamos abrir un departamento de fenómenos fantasmagóricos en **CS-123**...

—Stop it, Clara. You've got too much imagination.

—Bueno, socio, no me negarás que es un poco misterioso. A ver si ahora van a ponerse a hablar las paredes, como dice Marce —comenté riéndome—. La verdad es que sí parecen unas caras. Sobre todo la de en medio. Es como ese cuadro tan famoso de un señor gritando.

—Woof! Faces on the wall that scream —sonrió Uan—. **It's like...**

Pero no pudo terminar la frase porque un crujido enorme nos hizo dar un salto a todos. Fue como si las puertas de un castillo con las bisagras oxidadas se cerraran dando un portazo.

—¡Caramba! —exclamó Marce—. Eso ha sonado como un barco viejo en medio de una tormenta.

—¡Ay, que son los fantasmas! —gritó Carlota soltando la correa de Trilo y abrazando a mamá—. ¿No habéis visto moverse a la cara de en medio?

—Lo que yo os diga —sentenció doña Pura—. Es la caldera.

El ruido venía de abajo. Marce, doña Pura y Cosme se fueron hacia las escaleras sin dudarlos. Carlota, papá, mamá y yo nos lo pensamos un poco antes de coger el ascensor y seguirlos. Llegamos al portal y los cuatro quisimos salir a la vez, como si nos diera miedo quedarnos los últimos.

Esperamos al resto de la expedición –tampoco queríamos ser los primeros– para seguir bajando hasta el sótano. Además del trastero de cada piso, allí estaba el cuarto de la caldera. Las puertas daban a una habitación común que guardaba todos los cachivaches del mundo: muebles, cajones y cajas, trozos de tuberías, paraguas rotos, juguetes... De pequeña, cuando iba con mi padre a llevar algún trasto viejo, siempre me pareció que nos metíamos en la cueva de los ladrones de Alí Babá, llena de tesoros. Allí sí que olía a humedad.

Cosme encendió la luz, apartó un par de bicis viejas y abrió una puerta blanca metálica, de donde salió una bocanada de aire caliente y una especie de gruñido. Todos dimos un paso hacia atrás y contuvimos la respiración.

—Pues sí –dijo después de echar un vistazo—. Es la caldera.

Nos quedamos más tranquilos. Doña Pura había acertado... al menos por ahora.

